USUAMOS

Cuando la IA haga el trabajo, ¿qué será nuestro?

Dr Peplluis Esteva

Prefacio

Noviembre de 2026

Pruebas una herramienta de IA con un trabajo que suele llevarte toda la tarde. En unos minutos tienes algo que puedes aprovechar. Piensas en el tiempo que vas a ahorrar.

Después te viene otra pregunta: si todos podemos hacer esto, ¿a cuántas personas necesitará la empresa?

Si todavía estás estudiando o buscando tu primer empleo, la preocupación llega antes. ¿Seguirán contratando a gente sin experiencia para aprender un trabajo que la máquina ya puede hacer?

Son preguntas que afectan a planes muy corrientes: independizarte, pagar el alquiler, ayudar a tus padres, tener un hijo. No podemos organizar toda nuestra vida dando por hecho que siempre habrá alguien dispuesto a pagar por nuestro trabajo.

No es la primera vez que ocurre algo parecido. En 1948, Otis ofrecía ascensores con una voz grabada, aunque dentro todavía trabajaba un ascensorista. En 1950 instaló en Dallas un sistema que funcionaba sin él. Hoy entramos, pulsamos un botón y no pensamos en la persona que antes hacía ese trabajo. [1]

El pasajero ganó algo útil. ¿Qué tendría que pasar para que también ganara algo quien dejó de hacer falta?

La IA ya lleva esa pregunta a trabajos a los que pensábamos dedicar nuestra vida. Podemos alegrarnos de lo que hace una herramienta y preocuparnos por cómo vamos a ganarnos la vida. Las dos cosas tienen sentido.

Trabajo en inteligencia artificial desde 1989. He sido investigador y emprendedor, y conozco la alegría de conseguir que una idea funcione. Quiero que sigamos creando herramientas mejores. También quiero que más personas puedan vivir mejor gracias a ellas.

Este libro explora dos vías para conseguirlo.

La primera empieza con algo que ya haces: utilizar un producto o un servicio. Los años que pasas leyendo, viajando, comprando o usando un programa ayudan a sostener un negocio. Propongo que ese uso también permita recibir acciones de la empresa, mediante un acuerdo claro. A ese usuario que llega a ser copropietario lo llamo usuamo; a esta forma de propiedad, usupropiedad.

También cuenta quien usa el servicio sin hacerse notar. No debería ser obligatorio publicar reseñas, recomendarlo ni hacer otro trabajo para recibir una participación del negocio. Caben quienes lo utilizan de vez en cuando, quienes lo usan gratis de forma legítima y organizaciones como tiendas o clínicas. Claro que las aportaciones adicionales pueden dar derecho a más acciones. Y si la empresa encarga cualquier trabajo, tiene que pagarlo aparte.

La segunda vía consiste en ayudar a más personas a comprar cosas que puedan producir ingresos: vehículos, equipos de taller o negocios que presten servicios digitales. Pueden ser de varios propietarios, que contraten a profesionales y a servicios de IA autorizados para hacerlos funcionar. Ser dueño de algo no debería obligarte a ocuparte personalmente de cada tarea del negocio.

Quien no tenga ahorros ni una herencia necesitará una oportunidad real para emprender la segunda vía. Además, adquirir

propiedad lleva tiempo, cuesta dinero y puede salir mal. Una acción puede perder valor o incluso no pagar nada. Necesitaremos ayudas públicas para vivir y servicios que funcionen, tengamos o no inversiones y vayan estas bien o mal. Ese apoyo permite vivir; no garantiza que una inversión salga bien.

También debemos poder conservar las acciones que ya sean nuestras si cambiamos de proveedor. Queremos depender menos de las plataformas, una preocupación central del debate sobre el tecnofeudalismo. Para eso necesitamos entender nuestros derechos y conseguir ayuda cuando alguien incumpla un acuerdo o un contrato. Los derechos que tenemos como trabajadores, pacientes o clientes ya nos pertenecen. No tenemos que comprar acciones para exigir que se respeten.

Daniel y sus amigos nos acompañarán mientras examinamos estas ideas. Seguiremos sus vidas y las de sus hijos y nietos, que intentan ganarse la vida, cuidarse y hacer planes. A lo largo de tres generaciones, sus preocupaciones nos resultarán muy familiares.

He escrito este libro porque perder un empleo no debería dejarnos sin la posibilidad de construir una vida, una buena vida, una vida digna.

Incluso si las máquinas llegan a hacer todo el trabajo, deberíamos poder alegrarnos y seguir teniendo algo propio, con qué vivir y tiempo para estar con quienes queremos.

Dr. Peplluis Esteva
Hyderabad, India

1. Otis, Our history, entradas de 1948 y 1950.

Antes de que las máquinas terminen el trabajo

Tierraciudad, 2034.

Daniel llevaba toda la mañana buscando alguna tarea que todavía tuviera que hacer él.

Había revisado las citas y comprobado los pagos: todo estaba en orden. Elena ya había recibido los casos que requerían su criterio profesional, con la documentación preparada. El sistema había hecho su trabajo y Daniel no encontraba nada que corregir.

Cuando se marchó el último paciente, Elena le pidió que pasara a su despacho.

Daniel tenía cuarenta y seis años y conocía la clínica de arriba abajo. Sabía qué factura pendiente había que reclamar por teléfono en vez de mandar otro recordatorio. También reconocía a los pacientes que decían haberlo entendido todo porque les daba apuro volver a preguntar. Durante años se había ocupado de que aquello funcionara: las citas, los pagos, los papeles y los pequeños imprevistos que no figuraban entre sus funciones, pero que alguien tenía que resolver.

Los programas de la clínica, conectados a servicios de Microsoft, se habían ido encargando de buena parte de ese trabajo. Daniel había ayudado a implantarlos, los había probado y había señalado al proveedor los fallos que encontraba.

También había aprendido, por las malas, lo que podía pasar si confiaba en el sistema sin revisar sus recomendaciones.

* * *

Siete años antes, la IA había recomendado cancelar varias citas por impago. Algunos pacientes habían pagado a tiempo, pero el pago

aún no constaba en el registro de citas. Daniel debía comprobar cada caso antes de autorizar la cancelación.

Aquella tarde comprobó los primeros casos: las cancelaciones estaban justificadas. Sonó el teléfono, dos personas esperaban en recepción y se le hacía tarde para recoger a su hijo. Aprobó el resto sin comprobarlo.

A la mañana siguiente llegó una mujer que se recuperaba de una operación. Su hija había pedido permiso en el trabajo para llevarla. A la madre le había costado vestirse, bajar de casa y soportar el trayecto. Su cita había desaparecido.

Buscó en el móvil el justificante de pago. Le temblaban las manos. Se disculpó por tardar tanto en encontrarlo.

Daniel recordaría aquella disculpa durante años. Era él quien tenía que pedir perdón.

El pago estaba hecho. La recomendación de la IA era errónea; Daniel la había convertido en una cancelación efectiva al aprobarla sin comprobar el pago. La clínica le dio otra cita y corrigió el registro. No podía ahorrarle el desplazamiento que ya había hecho ni devolverle la sesión perdida. Recuperar su confianza llevaría más tiempo.

—¿Comprobaste toda la lista? —le preguntó Elena.

—No. Solo los primeros casos.

No lo despidieron, pero recibió una amonestación formal. Elena reconoció también la responsabilidad de la clínica: una comprobación obligatoria necesitaba tiempo, instrucciones claras y autoridad para detener el proceso. Daniel debía hacerla; la clínica debía poner los medios.

Siguió allí trabajando. Aprendió a contrastar lo que decía la pantalla con los registros y a prestar atención a los casos que no encajaban. También ayudó al proveedor a corregir fallos que sus

diseñadores no habían previsto.

* * *

Ahora, siete años después, la conversación con Elena era distinta.

La clínica podía contratar fuera el apoyo administrativo que aún necesitaba. Elena seguiría tomando las decisiones que le correspondían como profesional sanitaria; el proveedor se ocuparía del trabajo acordado y tendría que responder por él. Ya no hacía falta mantener el puesto de Daniel.

Elena había traído las cifras. Daniel reconoció el cuidado con que las había preparado: el mismo que dedicaba al plan de tratamiento de un paciente. El preaviso, las cantidades pendientes, la carta de recomendación que escribiría para él. Allí estaba todo lo que podía comprometerse a cumplir.

Durante años, Daniel había ayudado a que Elena pudiera atender a sus pacientes. Se habían ayudado a recoger a los niños cuando una consulta se alargaba. Habían discutido por los programas informáticos, compartido reuniones de padres y aprendido a reconocer cuándo el silencio del otro era cansancio.

Nada de aquello volvía a hacer necesario el puesto.

—¿Se lo has dicho a los demás? —preguntó él.

—No. Eso te corresponde contarlo a ti.

—Esto no es por lo que pasó —dijo ella.

—Lo sé.

Eso era lo que hacía más difícil asimilarlo.

Esta vez no se le había escapado una señal de alarma. Había ayudado a que el servicio funcionara lo bastante bien como para que la clínica prescindiera de su puesto.

—Tú decías que las máquinas debían ahorrarnos trabajo —dijo Elena.

—Sí. Pero esperaba tener menos trabajo, no quedarme sin él.

Se rieron. A Daniel le alivió oír aquella risa familiar; después deseó poder marcharse antes de que alguno tuviera que decir algo más.

Elena no le pidió que dijera que lo entendía. Las cuentas sí las entendía. Para lo demás necesitaría más tiempo.

Antes de que se marchara, ella le preguntó si podía llamarlo la semana siguiente.

—¿Como mi jefa?

—Del trabajo ya hemos hablado. Te llamaría como amiga.

Él asintió. De momento, no podía comprometerse a más.

* * *

En casa, Leo, de quince años, preparaba un examen. Advirtió que su padre había vuelto pronto.

—¿No vas esta tarde?

—No. La clínica ya no necesita mi puesto.

Leo dejó el bolígrafo. Recordaba un problema con las citas de cuando era más pequeño. Su padre había trabajado por las noches y hablado más bajo de lo habitual.

—¿Te despiden por lo que le pasó a aquella mujer?

—No. Aquello lo hice mal. Lo arreglamos y seguí trabajando allí. Esto es distinto.

—¿Qué ha pasado, entonces?

—El trabajo se puede hacer con menos gente.

Leo miró sus apuntes.

—Pero siempre me dices que estudie para conseguir un buen trabajo.

Daniel acercó una silla.

—Estudiar sigue siendo importante.

—Pero eso no significa que vayas a tener trabajo.

Estuvo a punto de ofrecerle una frase tranquilizadora. Una de esas cosas que dice un padre porque un hijo necesita dormir, y porque al padre también le gustaría creerlas.

—No —dijo—. No quiero prometerte algo que no depende solo de ti.

Leo apartó unos papeles para hacerle sitio. Durante un rato miraron la misma página.

El padre pensaba en el salario que dejaría de llegar. El hijo, en la vida que aún no había empezado.

* * *

El primer lunes sin trabajo, Daniel se despertó a la hora de siempre.

Hizo una lista: liquidación final, cantidades pendientes, ayudas que podía solicitar y fechas en las que podría disponer del dinero. Las facturas de la casa no habían recibido ningún aviso de que debían adaptarse a una nueva etapa de su vida.

Necesitaba saber qué iba a cobrar antes de que alguien le explicara las oportunidades del cambio.

Solicitó la ayuda de transición que le correspondía. Quien tramitó su solicitud comprobó la documentación y le indicó cuándo cobraría y dónde reclamar si el pago no llegaba. El dinero cubrió parte de lo que había dejado de ingresar. Le permitía pensárselo antes de aceptar la primera oferta.

No le devolvía el lugar al que iba cada mañana ni a las personas que lo esperaban allí.

Una noche abrió la antigua conversación de la Mesa, donde aún aparecían fotografías de sus hijos entre discusiones sobre contratos.

Escribió que la clínica ya no necesitaba su puesto. María le preguntó si quería compañía o ayuda con los documentos. Marc se ofreció a recoger a Leo si una entrevista coincidía con la salida del colegio. Francina podía ayudarlo a consultar los requisitos de las ayudas, aunque no le correspondía resolver su solicitud. Elena le dejó tiempo para responder.

Nadie le dijo que mirara el lado bueno.

Pidió a Amina que se pasara por casa. Se habían conocido en la asociación de padres y madres; Sami iba al mismo colegio que Leo. Años de recogidas, horas prestadas y formularios incomprensibles les habían enseñado a quién llamar. La costumbre de ayudar había llegado antes que las grandes preguntas.

Amina se ganaba la vida haciendo pruebas de programas, incluidas las de accesibilidad. Daniel sabía qué tenía que pasar para que una aplicación resultara útil en el trabajo. Juntos habían realizado encargos remunerados para BrosPay, una pequeña empresa independiente que conectaba los registros de reservas y facturación con proveedores de pagos como Stripe y PayPal.

Además del pago por esos encargos, habían negociado un acuerdo de propiedad. Recibirían participaciones periódicas por utilizar el servicio y otras adicionales por aportaciones concretas. Utilizar BrosPay durante años podía dejar una participación aunque no se hubiera realizado ningún trabajo especializado. Las participaciones personales de Daniel estaban registradas a su nombre. Las de la clínica pertenecían a la clínica.

Aquella noche, Amina lo dejó hablar antes de pedirle el acuerdo de BrosPay y el último extracto de sus participaciones.

—No dejo de pensar que debería estar haciendo algo —dijo él.

—Empecemos por lo que tienes. Veamos qué participaciones son tuyas, cuánto han pagado en dividendos y si puedes venderlas.

—He cobrado muy poco en dividendos. No me llega para sustituir el sueldo.

—Pues eso también conviene saberlo. No tienes que decidir qué hacer con el resto de tu vida antes de que yo me vaya a casa.

Comprobaron el extracto. Dejar de trabajar en la clínica no anulaba las participaciones a su nombre.

—Esto sigue siendo tuyo —dijo ella.

Él lo sabía. Necesitaba volver a oírlo.

Algunas aún no podían venderse; los dividendos no sustituían su salario. Al menos podían averiguar con qué dinero contaba y cuándo podría disponer de él.

Amina trajo además otra propuesta: incorporarse a una cooperativa que adquiriría vehículos automatizados y contrataría a profesionales para gestionar la flota y ocuparse de su funcionamiento.

Era otra forma de ser propietario. En vez de recibir acciones de un proveedor de servicios, sería socio de una cooperativa dueña de vehículos. El acuerdo diría qué parte de los ingresos le correspondería, en qué decisiones podría intervenir y qué gastos y riesgos tendría que asumir.

Daniel miró los requisitos de entrada.

—No tengo ese dinero.

Amina puso su copia junto a la de él.

—Entonces, esta versión no te permite entrar. Esa es la parte que todavía tenemos que resolver.

Daniel esperaba que lo animara a conseguir el dinero como fuera. Amina hizo algo distinto: anotó que el proyecto todavía no ofrecía una forma de entrar a alguien en su situación. Había que resolver quién pondría el dinero inicial, en qué condiciones y qué obligaciones asumiría Daniel. Sus amigos no podían decidirlo por todas las partes. Antes de calcular lo que Daniel podría ganar, tenían que resolver cómo podría llegar a ser propietario.

Tardarían otros tres años en conseguir una fórmula que le permitiera entrar.

Daniel no recuperó su trabajo aquella noche. Al menos pudo distinguir lo que le quedaba: ingresos de transición, dinero que le debían, participaciones propias y una posibilidad que valía la pena estudiar.

A la tarde siguiente fue a recoger a Leo.

Todavía podía ser la persona que esperaba a su hijo a la salida.

Leo lo vio antes de que Daniel llegara a la puerta de la escuela. Se acercó con la mochila colgada de un hombro.

—No hacía falta que vinieras.

—Lo sé.

Emprendieron el camino de siempre. Daniel lo había recorrido deprisa muchas veces, calculando si podría recoger a su hijo y aún contestar una llamada antes de que cerrara la clínica. Hoy no había ninguna llamada a la que volver. Había deseado tener más tiempo con Leo. Era una manera dolorosa de recibirlo.

Durante un rato, Leo habló de la escuela. Daniel escuchó, agradecido por un problema cuyo tamaño no había cambiado de la noche a la mañana. Entonces su hijo aflojó el paso.

—Siento lo que dije.

—¿Qué cosa?

—Lo de estudiar. Yo estaba preguntando qué iba a pasar conmigo. Y tú acababas de perder el trabajo.

Daniel se detuvo.

—No tienes que disculparte por preguntarme eso.

—Eras bueno en tu trabajo.

—Casi siempre. Cometí un error que quizás recuerdas. Hice muchas cosas bien de las que nunca tuviste por qué enterarte.

—Entonces, ¿por qué parece que has fracasado?

Daniel no tenía una respuesta rápida. El salario había pagado facturas, pero el empleo había hecho más que eso. Cada mañana había un lugar donde lo esperaban y personas que sabían qué pedirle. Explicar que ahora el trabajo podía comprarse más barato no le decía qué hacer con aquella parte de sí mismo que aún sentía ligada a la clínica.

—Porque todavía no sé cómo encajar lo que me ha pasado —dijo.

Volvieron a caminar. Leo no ofreció una solución. Daniel se alegró de no habérsela pedido.

Mi argumento: Un futuro con un lugar para Daniel

Antes de rehacer su vida, Daniel necesita llegar a fin de mes. Este libro pregunta cómo asegurar esos ingresos y darle una participación duradera en las empresas y los recursos que seguirán produciendo aunque su puesto desaparezca.

No debería tener que desear que el servicio de la clínica fallara para que Elena volviera a necesitarlo. Ella no debería conservar tareas administrativas innecesarias para demostrar que se preocupa por él. Los pacientes deberían beneficiarse de una clínica más segura y capaz. Leo debería poder aprender sin que le prometan que la titulación adecuada lo protegerá para siempre.

Para eso no basta con decirle a Daniel que se adapte. Necesita apoyo mientras encuentra cómo seguir adelante, derechos que no desaparezcan con su empleo y una oportunidad real de ser propietario de parte de las empresas y los recursos que hacen cada vez más trabajo. Los acuerdos deben mostrar quién paga, quién decide y quién asume las pérdidas.

Quizá encuentre un trabajo que le apasione. Su seguridad no puede depender de que consiga convertirse en un ejemplo de superación para los demás.

El progreso se mide por cuánto nos permite ser dueños de nuestra propia vida.